

Violencia: un concepto polisémico¹

¿Qué entienden por esa palabra los seres humanos del siglo XX, y cómo han llegado hasta el punto de utilizar una sola palabra para designar cosas tan diferentes? Joxe Alain.

¿De qué hablamos cuando nos referimos a la violencia? ¿Cuál es su significado? Alain Joxe señala que la violencia en tanto concepto se ha ido desprendiendo de la explicación behaviorista (que la reduce a conductas), para dar paso a enfoques funcionalistas y estructuralistas (1981). En los últimos años, la Racionalidad Médico Científica (RMC)² ha intentado construir una definición de violencia alejada del biologicismo que estigmatizó las aproximaciones que tuvo sobre este problema. Así en el encuentro patrocinado por el Gobierno Holandés y la Organización Mundial de la Salud (OMS), realizado en La Haya en el año 1981 bajo el título *Helping Victims of Violence Proceeding of a Working Group on the Psychosocial Consequences of Violence* se elaboró la siguiente definición: “Es la imposición interhumana de un grado significativo de dolor y sufrimiento evitable” (OPS, 1993b)³. La Organización Panamericana de la Salud (OPS) la utiliza en algunos de sus documentos, y según la ex Directora de Promoción y Protección de la Salud de la OPS, Helena Restrepo, tiene la virtud de poder separar las violencias de las autoagresiones y de las muertes provocadas por catástrofes y aquellos accidentes en los cuales el rol

[13]

¹ Este texto está basado en un capítulo de la tesis presentada para la obtención del título de Doctor en Salud Colectiva en la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Campinas, UNICAMP, Brasil (Spinelli, 1998).

² Entendemos por Racionalidad Médico Científica a un modelo de conocimiento que sigue la medicina científica basada principalmente en el modelo flexneriano (Spinelli, 1998).

³ Esto no significa desconocer la existencia y el valor de otras definiciones como por ejemplo: “Uso de una fuerza, abierta u oculta, con el fin de obtener de un individuo, o de un grupo, algo que no quiere consentir libremente” (Domenach, 1981); “el ejercicio de la fuerza física con el fin de hacer daño o de causar perjuicio a las personas o a la propiedad; acción o conducta caracterizada por esto; trato o manejo que tiende a causar daño corporal o a coartar por la fuerza la libertad personal” (Rasheeduddin, 1981); “el ejercicio humano del poder por la vía de la fuerza al servicio del mantenimiento, la destrucción o la construcción de un determinado orden de derechos y apropiaciones produciendo la restricción o negación de la integridad y derechos del otro (individual o colectivo)” (Franco, 1989); “the use of physical force with the intent of causing harm, injury or death” (Jeanneret O. et al. 1993).

humano es mínimo (OPS, 1993a). Para nosotros, esto último sólo es correcto desde el punto de vista semántico, ya que como veremos más adelante, la realidad nos enfrenta a suicidios que son homicidios o que es imposible evaluar el grado de responsabilidad de las personas intervinientes si consideramos las dimensiones del inconsciente, como la pulsión de muerte. ¿O acaso podemos rotular como un simple accidente sin violencia a aquel provocado por un automóvil que se desplaza a alta velocidad? ¿Cuántos de estos hechos podríamos adjudicar a la combinación de una serie de circunstancias fortuitas? Creemos que los menos.

La OMS recientemente la define como “El uso intencional de la fuerza o el poder físico, de hecho o como amenaza, contra uno mismo, otra persona o un grupo o comunidad, que cause o tenga muchas probabilidades de causar lesiones, muerte, daños psicológicos, trastornos del desarrollo o privaciones” (WHO, 2003). Algunos de los aspectos que dificultan definir la violencia, son aquellos que impiden reducirla a un carácter unívoco, por ejemplo, si se trata de un hecho voluntario o involuntario; el uso en función del ataque o la defensa, si es individual o colectiva y la singularidad o pluralidad de la misma, es decir ¿violencia o violencias? (Franco, 1989). Al plantear su carácter polisémico no pretendemos hacer de esto un aspecto central de nuestro trabajo, en el sentido de encontrar una definición totalizante. Sólo buscamos mostrar la complejidad de circunstancias y hechos que abarca este concepto. Tampoco es nuestra postura creer que la definición de un término cierre un problema.

La violencia debe ser analizada en todas sus dimensiones y no transformada en una variable más. Desde este planteo sostenemos una serie de acuerdos y diferencias con diversas posiciones teóricas. Nuestra postura es la de entender a la violencia como una construcción social e histórica⁴ y por lo tanto humana, de allí que su definición dependa del momento histórico y social que se esté viviendo; diferenciándola de la agresión por ser ésta propia del instinto animal. Reconocemos que su vigencia permite una visión del mundo que legitima el uso de la fuerza, la desconfianza y el egocentrismo, por ello Sartre señala que la “violencia hace cultura”, y en ese proceso toda una serie de actitudes como la envidia, los celos, el resentimiento y el odio se transforman en violencia funcional al sistema (Roux, 1993). No se trata de un problema entre buenos y malos, entre víctimas y victimarios, ya que ello la estigmatiza e impide

[14]

⁴ Afirmar que la violencia es un hecho histórico y social significa entender que “las sociedades humanas existen en un determinado espacio, en un determinado tiempo, que los grupos sociales que la constituyen son mutables y que todo, instituciones, leyes, visiones de mundo, son provisorias, pasajeras, están en constante dinamismo y potencialmente todo está para ser transformado” (Minayo, 1997).

pensarla en su verdadera y compleja dimensión, a la vez que niega su carácter dual (resistencia-confrontación). Por todo esto es que no aceptamos las siguientes posturas: las que la reducen a una cuestión moral o producto del destino y la trivializan bajo explicaciones mágicas o astrales; aquellas concepciones de la modernidad que la describen como producto de la ignorancia y por lo tanto superable con el desarrollo económico-social; o las corrientes de la biología y de la genética que la presentan como un hecho inevitable negando toda interpretación que se pretenda social e histórica. Su reducción a mera criminalidad, con el tratamiento sensacionalista de sus efectos, lleva a otorgarle un carácter policial que la simplifica tanto de una manera burda como peligrosa, terminando por criminalizar manifestaciones sociales. También cuestionamos el manejo del concepto violencia en singular, el que intenta reducir las violencias a violencia, lo que tiende a su simplificación y asociación con grupos marginales, la pobreza o “desequilibrados mentales”. Violencias y accidentes son para nosotros dos conceptos distintos, pero señalamos la dificultad de establecer límites precisos entre ambos. También rechazamos los planteos que entienden a la violencia como un producto de comportamientos instintivos; nosotros, por el contrario, adherimos a la tesis que la considera producto de comportamientos alienados (Roux, 1993). Por todo ello es que resulta absurdo condenar toda violencia, como criminal el hacer su apología (Domenach, 1981). En esa línea recuperamos la siguiente cita: “la utilización eventual de la violencia no implica la barbarie, entendemos que no se trata de condenar su uso en un proceso revolucionario, sino de denunciar que la barbarie consiste en negar el carácter ontogénico del sujeto humano, su ser objetivo de palabra y pensamiento” (Benasayag *et al.*, 1993).

Un problema complejo

[15]

Una de las principales dificultades que presenta la violencia para ser analizada por la Racionalidad Médico Científica es su carácter de problema complejo, caracterización dada por las numerosas dimensiones ignoradas que la conforman. Ello es evidente si tenemos en cuenta que la medicina es una disciplina de enfermedades, de ahí que se vea incapacitada de ver problemas que no se estructuran bajo características biológicas pasibles de ser reducidas a enfermedad. Por eso, cuando la RMC enfrenta cuestiones que no cumplen las características tradicionales, las ignora o intenta “biologizarlas” y transformarlas en situaciones estructuradas (donde todas las variables son conocidas). Ese proceso parece desconocer los fracasos de las intervenciones médico-sanitarias que han

demostrado la imposibilidad de reducir un problema complejo a un problema estructurado⁵.

En la multiplicidad de dimensiones que intervienen en la violencia, no podemos dejar de mencionar diferentes situaciones que si bien corresponden a distintos niveles de análisis conforman la red explicativa del problema: su carácter estructural (desigualdad y exclusión); el alcoholismo; el consumo de tóxicos permitidos y prohibidos; ciertas formas de urbanización; ciertos mensajes de los medios de comunicación social; el estímulo a estilos de vida donde la agresividad se relaciona al éxito; la industria del crimen y ciertas dimensiones de los procesos subjetivos. Al sostener estas circunstancias no lo hacemos en el sentido de causalidad lineal de las mismas, sino planteándolas como situaciones interactuantes que desde diferentes niveles de complejidad nos aproximan a esa red explicativa que constituye a la violencia en problema.

⁵ La dificultad que tiene la RMC para entender la violencia queda reflejada en esta anécdota que relata Milton Terris, prestigioso epidemiólogo norteamericano, quien encontrándose en una reunión con varios viceministros de salud de América Latina que desconocían el valor de la epidemiología, pretendió mostrarles la importancia de las tasas de mortalidad por violencia, sin encontrar ninguna respuesta por parte de sus interlocutores. El mismo Terris explica ello de la siguiente manera: "Resultaba difícil para ellos aceptar el concepto de que las lesiones son importantes. Son médicos y para los médicos las lesiones no son enfermedades; son otro tipo de problema. No les pude convencer" (Buck, 1988).